

22-07-93

Miguel Angel Granados Chapa

Louise Veronique Cicconne, la única y original Madonna debería presentarse en México rodeada de un halo de simpatía por el auge que sus preferencias en artes plásticas han dado a Frida Kahlo, cuyo mercado ha contribuido a vitalizar. Y sin embargo, el solo anuncio de su presencia ha suscitado un debate que es sólo la punta del *iceberg* de una discusión más de fondo sobre la sociedad mexicana y los mecanismos de control sobre ella. El asunto llegó al Congreso de la Unión y es seguro que se calienta aún más antes del 12 de noviembre en que, salvo el triunfo de una de las corrientes encontradas, se presentará en el autódromo de la ciudad de México.

La semana pasada, cuarenta y nueve organizaciones de inspiración católica pidieron, en nombre de la moralidad pública, que se cancele la autorización para las presentaciones de la famosísima cantante. Es obvio que no fue así, pero de no ser porque los boletos para tales conciertos están ya vendidos, esa protesta hubiera parecido una argucia de Ocesa, la compañía promotora del espectáculo, para publicitar la presencia en México de la escandalizante intérprete.

Aunque la modernidad social parecía haberlo hecho decaer, es persistente el espíritu moralizador de ciertos grupos católicos. Parten de un error histórico: olvidan que la evolución social ha hecho diferenciarse a la moral y al derecho, y que mientras las leyes pueden ser cumplidas mediante coacción exterior, el acatamiento a las normas de la ética surge sólo del interior de la conciencia, y no puede ser obligatorio. Dicho de otra manera, su error consiste en extender legítimas concepciones de la moral, que cada quien tiene derecho a admitir, y cuya adopción deber ser libre para que adquieran pleno valor, a porciones de la sociedad que con igual derecho pueden rechazar tales concepciones.

Para desgracia de quienes buscan imponer sus normas morales a otros, el desarrollo de las sociedades, la laicización de comunidades que se rigieron por éticas de inspiración religiosa, caminan en sentido contrario al integrismo que quiere hacer una sola cosa de la moral, el derecho y la política. Hace poco más de cuarenta años no pocos obispos mexicanos incurrieron en el absurdo de condenar el mambo como un ritmo lascivo y degradante. En la misma línea, en Estados Unidos se prohibió a la cámaras de cine y televisión captar a Elvis Presley de la cintura para abajo, por considerar que sus contorsiones al cantar rock and roll dañaban la rectitud moral de las personas. Esos llamados fueron desoídos y esa clase de música se convirtió en parte del patrimonio cultural de la humanidad. Lo peor que le puede pasar al autoritarismo moralista, y a todo autoritarismo, es ser desobedecido.

En la Comisión Permanente del Congreso de la Unión, el diputado Fernando

Lerdo de Tejada presentó como propia la posición de las agrupaciones contrarias a la presentación de Madonna. Nada hay de objetable en que lo haga y, al contrario, es plausible que tome a pecho el papel de representante de ciudadanos y se convierta en su vocero ante una tribuna de tanta resonancia. Ganaría mucho la tentativa democrática mexicana si los legisladores atendieran a sus representados como lo hizo Lerdo de Tejada. Ni siquiera cabe trivializar su intervención arguyendo que había otros asuntos de mayor importancia que debieron ser abordados en la Permanente. Y mucho menos cabe reducir el tema a chistes de gusto discutible. Mejor es situar el debate en su contexto político.

Lerdo de Tejada no es un diputado del montón, que buscara hacerse notar en pos de un avance en su carrera. Personal y políticamente está situado en posiciones que hacen innecesario ese estilo de autopromoción. No se incurre en invasión de su vida privada, sino se establece el lugar social desde el cual habla, al recordar que su esposa, la señora Mari-nela Servitje de Lerdo de Tejada, dirige ya el Museo del Niño, una promoción cara a la señora Occelli de Salinas. Lerdo de Tejada, abogado de la Escuela Libre de Derecho, durante una década funcionario de la Secretaría de Comercio, entró propiamente en la política con el ascenso del salinismo. Como miembro de la Asamblea de Representantes del DF, y ahora como presidente de la Comisión del DF de la Cámara de Diputados, está más cerca de la autoridad administrativa capitalina que la mayor parte de sus compañeros.

Cajón de Sastre

Enrique del Val será el sucesor de Luis Angeles en la presidencia del Colegio Nacional de Economistas. Apenas des-puntado el proceso de sucesión en esa relevante agrupación profesional, ya ha quedado claro que la suma de los apoyos que puede concitar el director de Empresas de Solidaridad, y su propia personalidad política, le aseguran la dirección de ese Colegio, a partir de diciembre próximo. Del Val ha sido un muy competente funcionario, en la diversidad de tareas que la vida le ha deparado. Pero si bien sus aptitudes son sobresalientes, no es esa la razón de su singularidad, porque a pesar de sí mismo el Estado ha conseguido formar una buena parvada de servidores de alto rango que el neoliberalismo no ha sido capaz de podar. Sin alardes, y hasta con humor, Del Val no ha dejado de profesar sus creencias políticas originales, por cuya fidelidad a las cuales y no a pesar de ellas, es respetado. Su talante profesional y humano constituye, así, una provechosa lección para quienes creen que tener una elástica espina dorsal es condición indispensable para crecer en la administración y en la política.